

El hombre llegó a la casa de ventanas azules.

—Hola —dijo.

—Hola, cariño, pasa —invitó la mujer.

Entró en el salón. El sofá beige, el televisor nuevo, la vitrina de madera blanca, cuadros sobre las paredes de un ocre aguado y una pequeña estantería con libros. Era confortable. Se acercó a la vitrina que contenía, dividida en marcos de fotos de distintos tamaños, una sinopsis de su vida.

—Me encanta esta foto —señaló el hombre.

La mujer sonrió. Se aproximó y abrió ambas puertas de cristal, detrás de las cuales los objetos esperaban sin sentir nada. Se los veía sonriendo ante el pajarito de la cámara, con la Gran Muralla China a sus espaldas en un día sin nubes.

—Está muy bien, esta —corroboró la mujer.

—Pero..., yo nunca he estado en China —recordó el hombre.

La mujer lo miró, estupefacta. Una enorme gillette le había traspasado limpiamente el cráneo por encima de la línea de sus ojos.

—Entonces... ¿Tampoco sabes nada de electrónica?

—No —contestó el hombre.